Corrupción y poesía

Victoriano Crémer

LOS españolitos madre, nos guarde Dios, nos sentimos abrumados, confundidos, y un tanto angustiados cuando se nos intenta probar, mediante la proyección de asuntos, negocios, combinaciones y operaciones dinerarias más o menos irregulares, aunque siempre parecen más bien más que menos, que somos una comunidad perfectamente preparada y hasta vocacionada para la corrupción. Cuando no es un señor diputado el que se encharca hasta el cuello para «ayudar a un señor», es una o varias empresas las que se descubren como, amparadoras clandestinas de este o del otro partido.

No hay día ni noche en la que el Tablón de Sucesos venales no aparezca cubierto por aventureros dedicados al curioso deporte de apropiar dineros para sí y para el prójimo, lo que naturalmente determina un cierto estado de ánimo en el común de vecinos muy próximo a la resignación cristiana, dado que en vista de la profusión de tramposos con que contamos, todos acabamos por considerar que el engaño, la manipulación, el chantaje, el soborno, la comisión bajo cuerda, pueden ser considerados como medios de vida política, social y hasta cultural, perfectamente válidos, éticos y consignados en los textos de la humanidad doliente.

Aquí -se dice- el que no se corrompe es porque no puede. Y el que puede se corrompe hasta la raíz del pelo, hasta los entresijos, hasta el fondo del cajón del pan. Nombres, como los Naseiros, Guerra, Filesa o Time Export han pasado a formar parte del repertorio de alusiones a los cuales el personal se atiene para demostrar que nos encontramos braceando en un auténtico mar de porquería... y cuando esto sucede y se denuncia en las escalas políticas, sociales y económicas superiores, no se puede, en buena doctrina esperar que el resto de la población flotante no vaya a solicitar, por el amor de Dios, una oportunidad para poderse corromper, para poder engañar, para conseguir traficar con lo divino y lo humano...

¿Cómo puede imponerse una norma ética si los encargados de hacerlo aparecen embadurnados hasta el alma?... Esta es la consecuencia a la que se ha llegado en la mayor parte de la sociedad española y el motivo por el cual a la hora de elegir representantes para el mejor gobierno, no se sepa a quién votar, a quién confiar el futuro del país.

Y también esta situación desequilibrada de amoralidad, de mercaderismo, de

tahurismo es la que mueve a que en las provincias, en los burgos perdidos también se practique la corrupción en la medida de lo posible. ¿Cómo se puede elevar el tono de la indignación ante la descarada acción corruptora, si también en los poblados más tradicionales se practica el truco, el engaño, la comisión, el soborno? …



Y cuando a tan desalentadora conclusión se llega, afortunadamente, en algún lugar plegado de la geografía de León, -por ejemplo- se nos ofrece la oportunidad de rehabilitamos, de respirar honradamente, de llenar la mirada de luz, y el alma de alegría y esperanza. Extrañamente, misteriosamente, mágicamente, en una de las ciudades leonesas, hechas de cielo y agua, de piedra sagrada y de maderas frutales, en Villafranca del Bierzo, unas gentes alucinadas, apasionadas, con el alma en vilo, se concentran bajo las cúpulas verdes de una Alameda arbolada y florida, y se disponen a seguir el curso rumoroso de la Poesía desbordada, de la Poesía necesaria, de la Poesía liberadora.

Todos los años, desde hace ya más de un cuarto de siglo, Villafranca del Bierzo celebra la solemnísima Fiesta de la Poesía, que es como la auténtica consagración de la Primavera: La rosaleda ya ha roto su clausura, y el cerco materno de la montaña se cubre de verde resplandeciente. Alrededor del altar de la Poesía se concentran los fieles, que han acudido a la cita desde los más alejados lugares, de Galicia, de León, de las Asturias, de las tierras apacibles de Campos, y escuchan con el corazón apretado las invocaciones de los poetas, que hablan de amor, de vida clara y limpia.

No deja de ser una paradoja esta ceremonia de la Fiesta de la Poesía, precisamente en un tiempo en el cual todo parece concitarse para que nos despojemos de toda clase de investiduras utópicas, de imaginadas glorias, de celestes y serenos gozos, para adherirnos a' las bandas de los que persiguen furiosamente los bienes de este mundo...

-Si puede ser honradamente...

- Por supuesto, pero ¿y si esto no se puede?

- ¡Ah!, entonces, compañero, como Dios te de a entender